

una vida sin violencia y el entendimiento consensuado entre los Estados, que en principio son soberanos, o sea que tienen poderes imperiosos y absolutos, aunque no ejercidos de modo absolutista. La paz real nace del recelo y del miedo mutuo, no de la voluntad de paz. Todo adversario es un enemigo disimulado y todo acto de poder es un acto de despotismo enmascarado. Cuando caen las convenciones y los disfraces, la vida política se exhibe en toda su salvaje desnudez.

Lo curioso de nuestro tiempo es que este realismo es raramente celebrado de manera expresa (el nazismo sería su excepción más enfática y sangrienta). Bobbio se apoya en este pudor humano ante su propia realidad y proclama la necesidad de la utopía como única manera de conservar el futuro: paz perpetua, democracia generalizada, salida razonada a los conflictos convertidos en problemas, para lo cual lanza su paradójica proclama: «¡Desarmados del mundo, uníos!». Unámonos, por mejor decir.

Dixie, Julien Green, traducción de Francisco García-Cardona, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1997, 293 págs.

La Guerra de Secesión y el Sur patricio, decadente y alocado, han atraído a Green desde siempre, tal vez desde que su madre le contaba historias de aquel conflicto y él las escuchaba sin presentir que habría de escribirlas, en francés, en Europa,

hasta su extrema vejez. Cercano al centenario, como en *Le Sud* o en *Les étoiles du Sud*, Green continúa volviendo a la escena de los lejanos cuentos maternos. Su llegada a Europa, finalmente, también se debió a una guerra donde participaban europeos y americanos.

Esta *Dixie* reitera las seguridades narrativas de Green, muy aquerenciadas en la novela del siglo XIX, con alguna aceleración cinematográfica y un sentido del diálogo que, quizá, también provenga de pensar las escenas desde una platea de cine. Por su parte, las obsesiones greenianas de siempre recuperan su sitio: el alma descontenta con un cuerpo urgente y sensible, ligado a la efímera intensidad de la vida, mientras la muerte llama a la eternidad y la abstención. En esta dramática religiosidad que se ignora, Green empuja a sus criaturas hacia una angustia que es también una metafísica que se ignora.

El destino de Elisabeth, la protagonista, es entregar sus amantes a la muerte. La guerra es el símbolo de esta batalla sin fin, en que la vida se empeña en continuar como si la muerte no existiera o, acaso, porque existe. Unos niños que juegan a soldaditos son la alegoría de esa ignorancia/sapiencia de la vida, en tanto la pelea sigue reclamando a sus varones y las mujeres se encierran en los señoriales caserones para saber si volverán a ver a sus hombres o si los aceptarán como fantasmas.

Ingleses flemáticos e irónicos sirven de contrapunto a los dramas de la construcción americana. Son la

mitad de Green, quien los observa, a su vez, con su experiencia de narrador, buen constructor de novelas seguras de sí, fluidas de diálogo y has-

ta con un punto de complicidad sentimental que no evita la cursilería.

B.M.

En América

Los ochenta años de Augusto Roa Bastos

El 13 de junio pasado, el escritor paraguayo cumplió 80 años. Con tal motivo, se le ofrecieron homenajes en Asunción, entre ellos la edición de un compacto con canciones sobre poemas suyos y música de diversos compositores paraguayos: Agustín Barboza, Jorge Garbet, Carlos Noguera, Diana Barboza, Wilma Ferreira y Alberto de Luque. La interpretación corrió a cargo del conjunto Mujeres que cantan la Guaranía y la edición reunió varios apoyos, entre ellos el de la embajada española ante el gobierno de Paraguay.

Agonizante cine chileno

El hombre que imaginaba, con guión de Gregory Cohen y Claudio Sapiaín, y dirección de este último, es el segundo filme chileno del año. También el último. Su costo se calcula en 200.000 dólares y las posibilidades de recuperación en el mercado de Chile (exhibición en salas, videos, televisión por cable) no pasan, en el mejor de los casos, de los 150.000. Quien produzca una pelí-

cula sin poderla exportar, ha de endeudarse de modo considerable o acudir a algún tipo de mecenazgo.

Sin subvenciones, el cine chileno ha quedado reducido a expresiones mínimas, muy próximas a la desaparición. Por ello, los directores chilenos con cierta continuidad en su obra, han de realizarla fuera de su país, como es el caso francés de Raúl Ruiz.

Traducción guaraní de la Biblia

La Sociedad Bíblica Paraguaya y la Conferencia Episcopal del Paraguay han emprendido la compleja tarea de traducir la Biblia al guaraní, bajo el título de *Ñandejára Ñe'ê*. El proyecto, dada su importancia cultural en cuanto a la consolidación del guaraní escrito, ha merecido el apoyo del gobierno nacional.

Paraguay en la Bienal de Venecia

Por primera vez en la historia de la Bienal veneciana, hubo este año una representación plástica del Paraguay.

Tres mujeres exhibieron sus trabajos en el palacio cedido por el Instituto Italo-Latinoamericano de Roma: Mónica González presentó una instalación, *Mucho que lavar*, con elementos de hojalata y metal, y diversos objetos propios de la tintorería; Fátima Martini recogió

para sus composiciones viejas fotografías etnográficas del Paraguay; Marithé Zaldívar mostró una segunda instalación, *El mito de la vida*, vasto manto tensado por espinas de coco, a modo de una gran carpa, a la vez poncho y alfombra, iluminado de manera cenital.

Agenda

La semana de autor de Jorge Edwards

Organizado por la Agencia Española de Cooperación Internacional y contando con el auditorio de la madrileña Casa de América, tendrá lugar la Semana de Autor dedicada al escritor chileno Jorge Edwards, del 27 al 31 del corriente mes.

Las cuatro sesiones se dividen en tres mesas redondas sobre los temas «El punto de partida y los maestros», «La memoria y las rupturas políticas» y «La narrativa de

los años recientes», en las cuales participarán Teodosio Fernández, Carmen Riera, Bernard Schulz, Mauricio Wacquez, Miguel García Posada, J.J. Armas Marcelo, Javier Pradera, Fanny Rubio, Eva Valcárcel, Gustavo Guerrero, Ana María Moix y Federico Schopf.

La Semana se cerrará el día 31 con un diálogo entre Edwards y Mario Vargas Llosa, moderado por Blas Matamoro.

El fondo de la maleta

La Gramática de Andrés Bello

En abril de 1847 y en Santiago de Chile apareció la primera edición de *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* de Andrés Bello. No faltan especialistas que la consideran, a pesar de su siglo y medio de rodaje, la mejor gramática de nuestra lengua. Reeditada por otro americano, Rufino Jo-

sé Cuervo, y revisada en nuestro tiempo por Amado Alonso, es un curioso indicador cultural en la historia de la lengua. En efecto, los libros más importantes sobre la codificación del castellano en el siglo XIX son americanos (Bello y Cuervo), así como las polémicas sobre el uso y el gobierno de la lengua, en-

tre Sarmiento y Bello (Chile), entre Altamirano y Ramírez (México), entre Juan María Gutiérrez y Martínez Villergas (Argentina). Más curioso resulta aún que estos americanos trabajaran en un continente donde la mayoría de la población era indígena e ignoraba el español, que circulaba como lengua franca culta en las ciudades. La independencia americana es la que generaliza la lengua y promueve a estos científicos del habla y la escritura.

Bello, desde luego, no es un caso aislado ni de genialoide originalidad. Sus largos años en Londres y su acceso a la rica biblioteca del precursor Miranda lo pertrecharon de lenguas comparadas y ciencias de la palabra. Recogió la tradición racionalista de Port-Royal (toda gramática es universal y proviene de una razón común a todos los hombres y todas las lenguas), pasada por otros racionalistas ilustrados como Condillac y Destutt de Tracy, matizados por el eclecticismo de Cousin y el romanticismo de Humboldt, viajero por América y comparatista apasionado.

Junto a estos presupuestos filosóficos, la *Gramática* de Bello tiene, si se quiere, una función política y por ello la encamina a los

americanos. Se supone que España no necesita generalizar una lengua que le es propia y que, producida la independencia, no le corresponde ya ninguna tarea didáctica en América. Esta ha de construir su unidad lingüística a partir de su autonomía científica y, sobre todo, de la educación popular. La unidad del continente ha de ser, ante todo, cultural y toda cultura tiene una referencia lingüística precisa. Por paradoja, una de las prendas de la independencia americana es la consolidación y desarrollo de la lengua impuesta por la conquista española, única lengua que posibilita aquella unidad continental. De ahí, nuevamente, el sesgo político que adquiere una obra de tan rigurosa deriva científica.

Venezolano de una Venezuela aún inexistente, chileno de adopción, residente europeo durante un periodo decisivo de su vida, traductor del latín y del francés, romántico de gustos clásicos, Bello es un ejemplo de amplitud mental y pluralidad de culturas. Por ello, tal vez, su aspiración a la unidad y a la razón, que no son incompatibles con lo diverso. Una cifra de la compleja e idealmente integrada realidad humana que llamamos América.

El doble fondo

La respuesta a la liebre

En un amplio e interesante diálogo entre un filósofo y un monje,

entre un padre y un hijo, entre un pensador y otro, entre dos hombres